

## EN BUSCA DE LUCÍA -Encuentro con Marías-

Era agosto avanzado cuando recibí esa llamada de Javier Marías. Me sorprendió, en cierto modo porque yo mismo, si bien esperaba la de alguien ofreciéndome ayuda en mi búsqueda, jamás esa estuvo en plan alguno.

–Y, ¿sigues buscándola, como entonces? – me había preguntado sin siquiera saludar. La alusión daba por sentado recordar cuando, en una librería de Barcelona y mientras me firmaba su libro que recién comprara, me preguntó si escribía. Sorprendido le comenté “más bien busco algún rastro de una amiga, muerta a todas luces, aunque yo me niego a aceptarlo: ese es mi último libro...”. Hasta hoy me arrepiento de haberle dado una respuesta tan específica e ingenua. Bastaba un simple “sí”, seguido de una mirada esperando me preguntara si había publicado. Como era de esperar, un perentorio “enhorabuena y publica” fue su despedida y se dirigió a examinar otros estantes de la librería.

– ¡Sí, y ahora estoy cerca! –respondí a su nueva pregunta, en el celular, con una familiaridad fuera de lugar. Su carcajada lúgubre bastó. Nada le sorprendía.

– Ojalá la encuentres o, al menos, obtengas alguna respuesta con la que puedas vivir. – A continuación, dijo estar despidiéndose de los más cercanos, partiría en breve, su espalda... – Me encontré con la tarjeta que me entregaste y me refrescó tus empeños, ¿recuerdas? Me cayeron simpáticos, tú y Lucía, una pareja desencontrada. Por eso te llamo. Hazte un favor: entrega tus escritos a un editor y deja de huir, adiós –, y colgó, esa primera y última llamada, para siempre.

Quedé con el celular en la mano. Esta vez lo sentí un pedazo de aluminio vacío, muy liviano. Allí habitó por unos segundos Marías, cuyo libro “Corazón tan blanco” yo guardaba como tesoro al estar autografiado, aunque de pura casualidad. El librero me había aclarado: “Mire, aquí no hay firma de libro alguno”. Entonces supe que el escritor procuraba allí algunos títulos nuevos, como solía hacer de cuando en cuando. Bueno, concluí, los dos buscábamos algo ese día: yo a Lucía y él un libro. Eso nos acercó por unos buenos años –así me gustaba fantasear–, hasta que en septiembre pasado él mismo partió inesperadamente. No me cupo duda alguna. Él sabía o, al menos, sospechaba mi derrotero, o si no, ¿de dónde su llamada? Nadie da su última despedida a personas conocidas de modo fortuito, años atrás. De seguro, algo le impresionó; quizás mi amiga, tal vez el que, si bien la daba por perdida, yo la quería sólo extraviada; pueda que supo de mi apuesta a un ojalá y que la encontrarían, mañana mismo, o antes, si se pudiera, aunque fuera difícil o simplemente imposible. Siempre algo de esperanza nos quedaba.

Se me ocurre haberla encontrado, años atrás, pero sin percatarme de ser ella misma; no la reconocí. No estoy seguro si simplemente no la divisé bien, o no quise darme por enterado de su presencia. Qué diferente sería todo si hubiese notado su proximidad, tal como al inicio, cuando dábamos el uno con el otro sin mayor dificultad, sin importar lo atiborrado de personas del lugar. En todo caso, en esa indefinida ocasión no escuché su risa, otrora envolvente, abundante en significados y secretos; todo eso quedó guardado en mí y lo extraño. Recuerdo haber sabido de su prolongada soltería y de su partida inesperada. Esa sí fue súbita, casi sin tiempo para despedirse de nadie, ni responder o aclarar esas tantas dudas

de todos, las que no nos atrevimos a preguntarle ni a responder por ella. Esas preguntas hoy pasan a engrosar una lista imposible de revisar, llena de visitas y tráficos desconocidos. Cuando la vi por última vez, de verdad y no en sueños, su saludo cariñoso pero brevísimo debió anunciarme algún misterio, algún secreto, algo indecible; tal vez un capítulo sórdido donde se acosa a princesas a la espera del regreso de sus príncipes, haciéndolas rogar el perdón con lágrimas duras, a veces de cristal, a pesar de no entender bien lo acontecido o, más simple, sin saber cuál fue su pecado. Recuerdo cómo se alejaba, llevando consigo la misma sonrisa mostrada al verme, aunque adornada con algunos años impiedosos colgando de collares de cerámica cocida entre penas y dolores, imposibles de sacudir. No sabría nunca más de esos labios suaves; en mi mente quedaron congelados. Cuando estoy en vena pienso cuan filosos serían ahora, como espadas forjadas para cruentos combates. Entonces veo hechiceras, demasiado hermosas como para reservar en su alma algún espacio a la bondad, siempre prontas a sembrar la noche profundo en el pecho hasta hacer surgir sangre oscura, esa tantas veces desperdiciada en contiendas inútiles.

Marías sabía de esos lances infecundos, de mujeres tristes, protagonistas de sus historias sin otra gloria que la de haber sobrevivido a malheridos amores escurridizos, carentes de tiempo, adornados de relatos traídos del ayer, es cierto, sin evitar lo pretérito e inconcluso de su existencia, errando más allá del alcance de nuestros ojos, no obstante, los suyos contenían brillantes de magma templado en aguas nobles.

-Javier, pregúntale ahora que estás cerca de qué huía esa tarde, qué dolor la acosaba, si puedo ayudarla... Y no me vengas con eso de ... “No he querido saber, pero he sabido que...”; no me lances a otro túnel terminado en una paradoja sin salida, de esas tuyas. No sabemos hasta dónde llegan, aunque al final se adivine de dónde vienen. A veces nos hablan; no siempre. Quedé a la espera de tu respuesta, aunque sabía cuál era, pero quería oírtela.

El escritor mismo tomó nota de haber nacido unos días antes que yo y tuvo la amabilidad de firmarme su libro con una amistosa dedicatoria, pero, por qué no decirlo, más tarde tuvo el mal gusto de morirse dejándome con no sé cuántos libros suyos por leer. Ya no será lo mismo, leer con él vivo ofrecía esperanzas: “En el próximo te cuento la otra verdad”. Ahora sus paradojas contienen promesas sin respuestas, no como cuando sus libros ofrecían revelar sus secretos en algún momento, incluso consultando al autor. Así, el impulso de pedirle respuestas no morirá. Desde ya, sobrevive en los muchos, cientos de candidatos a escudriñar sus libros, sobre todo ahora que ya no está para reírse de sus preguntas, aunque él mismo se las haga, una y otra vez y, a pesar de tanto trajín, tampoco las responda.

Supe que su padre Julián anduvo tras algunas preguntas de siempre, las más sin respuestas definitivas, solo ensayos, tentativas para aclarar si somos todo el tiempo o tenemos espacios para no ser y vagar por el cosmos, expandiéndonos sin otra dirección que el capricho de principios y leyes, que al final cambian y nos dejan a la intemperie haciéndonos la vida más miserable, como se la hicieron a Lucía, cuando le dijeron, moviendo la cabeza de lado a lado: “tienes solo un par de meses para ordenar tus cosas”. Todo un enorme despropósito, en la peregrina

creencia de ser de su interés “arreglar cosas”, cuando lo más probable en ese caso era que quisiera pensar en el más allá, donde una próxima inexistencia se enseñorearía de su acaso. ¿Será que por esos lados conoceremos la indefinición cabal, como ha sido todo lo de alguna importancia en nuestras precarias existencias?

Lucía se fue, aunque prefiero pensar en que es perfectamente posible seguir buscándola y pensar en que no se ha ido, a pesar de ser muy difícil encontrarla, pero no imposible... Deseo creer en que no somos solo destinos cruzados en otra búsqueda sin fin; tal parece que nunca conoceré qué nos unía con tanta fuerza. ¿Surgirán nuevas preguntas en la obscuridad donde nos adentramos? ¿Nos atormentará navegar en aguas donde lo apenas posible también es una ilusión? Al final tuve miedo de convencerme de que buscar a Lucía fuera más importante que encontrarla. Fue cuando sentí encontrarnos de viaje en órbitas paralelas, eternas y sin destino en las que, a pesar de todo, lográbamos alcanzar algún estado de felicidad.

– Nunca te revelé mi amor; tú tampoco. – Así le confesé avergonzado cuando creí encontrarla.

– Esperaba oírte y así cantar a una voz. – Claro que esta vez su respuesta llegó apenas como un rumor, de esos regalados por el viento a modo de consuelo.